

LA MODESTIA.

Hay en la condicion de la muger las mas favorables disposiciones para el desarrollo de todas las virtudes, porque su sensibilidad y dulzura la inclinan irresistiblemente hácia el bien, en el que se interesa su propio instinto, y la apartan de la senda del mal, donde no la vemos lanzada sino rotos los dulces lazos de la ternura con que liga su suerte á la de los seres que le son queridos, y desgarrado el velo del pudor que guarda en ella el misterioso tesoro de su honra. Tambien hallan un fuerte dique en su carácter tímido y humilde el vicio y la disipacion, cuyos falsos atractivos seducen la inocencia para arrancarla al culto permanente de la virtud.

Hemos dicho en otra ocasion que la docilidad es la madre de todas las virtudes; y que es una virtud moral de la que, como manantial celeste, brotan para la muger las virtudes que deben ser su patrimonio, entre las que se distingue por su importancia la que merece hoy nuestro estudio.

El cultivo de cada una, bajo el benéfico influjo de la educacion, es igualmente importante para la sociedad y el individuo formado, que viene á ser parte de ella; pero no por esto se deja de comprender que en la obra gradual de la educacion, á semejanza del desarrollo que las leyes de la naturaleza prescriben, hay un orden relativo en el que, por un encadenamiento necesario, se verifican los actos que ejecutamos con el libre uso de nuestras facultades, como se relacionan y suceden unos á otros los fenómenos de la vida producidos por la accion mecánica de los órganos, una vez en movimiento. Del mismo modo que un acto espontáneo del hombre lleva á su estómago una sustancia cualquiera que motiva la accion de este órgano para que tengan lugar los fenómenos de la digestion, siguiéndose unos por el estímulo de otros, hasta la realizacion completa de la conversion de dicha sustancia en nuestra sustancia propia; y que á todas estas funciones parciales,

tan íntimamente relacionadas, se sigue tambien ordenada, necesaria y sucesivamente el movimiento de aparatos que desempeñan funciones de otro orden, se verifica igualmente en la parte intelectual y moral que no pueden suponerse fenómenos que sean el resultado del ejercicio de una facultad movida por un sentimiento, sin que haya preexistido la accion necesaria, ordenada y sucesiva de varias partes de su correspondiente organismo, esto es, la accion de otras facultades é impulsión de otros sentimientos, sin los que es imposible la vida moral é intelectual del sér humano. Por esta razon, así como en el orden físico desarreglada una de las funciones principales de la vida, se comunica el desarreglo á las demás en mayor ó menor escala, por la relacion íntima en que se verifican ó tienen lugar aquellas; y mal dirigido el desarrollo de un aparato ú órgano importante, viene á resultar una imperfeccion, de la que participan mas ó menos todos aquellos que con él tienen alguna dependencia, porque se imposibilita hasta cierto punto su regular ejercicio para concurrir de una manera eficaz á la conservacion de la vida y la salud del individuo en toda la plenitud de su fuerza y robustez, del mismo modo ocurre en el orden moral que hay sentimientos y virtudes sin cuyo desarrollo completo es imposible la manifestacion de otras, que vienen á ser como dependencias ó virtudes secundarias que presuponen y necesitan su causa ó estímulo en una esfera bien distinta de la en que ellas tienen lugar.

Esta doctrina explica perfectamente el papel que la modestia desempeña entre las demás virtudes para la tarea delicada de la educacion, por la importancia que su oportuno desarrollo tiene en el de otras muchas, aunque ella y todas sean bajo este punto de vista dependientes de la docilidad, sin la que se hace imposible, en casos dados, inocular los hábitos que han de constituir y arraigar una virtud determinada. Así, pues, la educacion, atendiendo á la importancia relativa de las virtudes, no tanto por su influjo directo en la vida, cuanto en el desarrollo armónico de todas las demás, como iló

hace en general respecto á las facultades de las tres condiciones de la naturaleza humana, debe cuidar con toda atencion del primero y mas especial cultivo de las que sirven como de preliminar indispensable y son mas propias de la infancia, en cuyo caso se encuentra la modestia. Cuide, pues, la madre de familia, lo mismo que toda directora ó encargada de la educacion de las niñas, de hacer un estudio especial de aquellas virtudes que son naturalmente inherentes á la primera y mas preciosa edad de la vida, favorezca su creciente desenvolvimiento para que entre sus propios frutos aparezcan paulatinamente los gérmenes de las demás virtudes, y habrá conseguido fijar el rumbo mas acertado al desarrollo moral que reclama su destino, porque el verdadero templo de la virtud en la humanidad es el corazon de la muger.

La modestia es una virtud con que se logra que las brillantes disposiciones de la muger para el bien no se emboten, ni mucho menos se pierdan en el porvenir, porque nace espontáneamente bella y humilde, se mantiene fresca y lozana con muy cortos sacrificios, y la fragancia que esparce en derredor de la infancia forma una atmósfera de inocencia y de candor que arrastra á las jóvenes á la adquisicion de hábitos que imprimen á su carácter el sello culminante de la mas sólida virtud. Consiste la modestia en el arreglo de todos los actos exteriores por un espíritu ilustrado y humilde que rechaza todo lo que no es conveniente en la mirada, los gestos, los movimientos, los hábitos y las palabras. Nada mas precioso en la muger que los excelentes frutos de esta virtud, cuando brotando en ella naturalmente con la timidez propia de su condicion en la infancia, se arraigan en el corazon por el convencimiento que produce una educacion ilustrada, y se practican en la juventud y la edad madura con una sinceridad agena á toda ficcion é hipocresía. Sin embargo, téngase muy presente que la modestia se finge con dificultad, por mas que el amor propio nos persuade á veces de que sin tenerla logramos aparentarla, porque debiendo manifestarse en todos los medios de ex-

presion de que dispone el individuo, es de todo punto imposible revelarla siempre, á no estar encarnada en nuestro espíritu, cuyas disposiciones se reflejan en nuestros actos exteriores. Nada mas fácil que verla brillar en la muger, hasta esa edad en que se mantiene agena á las seducciones del mundo; pero nada mas expuesto á confundirla despues con esa timidez, casi natural, que el carácter y una defectuosa educacion imponen siempre á su voluntad, como el freno mas saludable á la conducta. Y si víctima de semejante error, y ciega por el cariño, una madre se manifiesta satisfecha con la aparente modestia que revelen solamente los movimientos y las palabras de su hija, es seguro que tan excelente virtud ha desaparecido del corazon de la joven, como dirán bien elocuentemente sus miradas y sus gestos en todo lo que, interesando su amor propio, se ve contrariada y obligada por la superioridad ó la conveniencia á mostrarse humilde y resignada.

La sabiduría, hemos dicho ya, que es necesaria á la verdadera virtud, y ninguna como la modestia la reclama y la manifiesta; pues para que aparezcan reglados todos los actos y exterioridades humanas, conforme á las leyes de la moral, ha de presidir constantemente á ellos un espíritu tan ilustrado y previsor que resplandezca en la vista, y se reconozca en la persona á quien adorne esta virtud. La modestia y la buena disposicion é ilustracion del espíritu son hermanas inseparables, porque si la primera se conoce por la buena postura del cuerpo, sus movimientos ordenados, la mirada apacible y serena sin altanería, el tono de voz humilde, el lenguaje comedido, etc., estas mismas condiciones exteriores son como la voz que dá á conocer que un espíritu ilustrado y excelente es quien preside á ellas. Así, pues, al cultivar y dirigir esa modestia instintiva de la muger en la infancia, désela paulatinamente razon y conocimiento de cada uno de los actos y objetos en que se manifiesta, de los beneficios que inmediatamente reporta y de los males que evita, para que, ilustrada, persuadida, y hasta in-

teresada en el precio y estima que dá á la criatura que la posee, se encariñe de sus galas, y no pretenda jamás romperlas y entregarse á los defectos y hasta los vicios de que es víctima quien de ella se despoja. Para practicarla de una manera sólida, procurad que la jóven no tenga nada de ligero y veleidoso en su marcha, su vista y sus gestos; que embellezca su rostro con un tinte dulce y afable, por la expresion de su mirada, á la vez seria y sostenida; que su continente se haga humilde y digno, por la oportunidad y arreglo de todos sus movimientos y demostraciones; que la voz y la palabra no traspasen jamás el límite de un tono dulce y afectuoso, la sinceridad, conveniencia y bondad que revelan un alma pura, un corazon sensible y una inteligencia ilustrada; que estas reglas de conducta sean fiel y constantemente observadas en todas partes y ante toda clase de personas, añadiendo en cada caso lo que las diferentes circunstancias exijan, para no distinguirse de una manera ridícula ó inconveniente, porque el conjunto arreglado del exterior de una jóven ha de ser algun tanto diferente, sin dejar de ser modesto, en sociedad, que en la calle; en la iglesia, que en casa; ante los superiores, que ante los inferiores; ante los propios, que ante los extraños. Pero que en todas partes aparezca el fondo de regularidad en que consiste esta importante virtud, como un ejemplo vivo é imperecedero ante los embates de la seducción. La ligereza y la vanidad que suelen atacar la modestia en las jóvenes, se rechazan fácilmente con un cuidado especial en todo lo que se refiere á las galas de sus trajes. Evitad en esta parte todo exceso, sin venir á parar á una ridícula severidad, y la modestia será inseparable de la belleza, ataviadas por la sencillez y un gusto arreglado á lo que reclama la condicion en que se vive. Sobre todo, apresurad con la marcha regular del tiempo la ilustracion sólida de la muger, en relacion con estas prácticas, y habreis asegurado en ella la virtud de la modestia, porque un espíritu ilustrado es siempre modesto. Temed el desarreglo exterior que revela su falta, porque es un signo

triste para el presente y fatal para el porvenir.

L. R. Y P.

IMPORTANCIA

DE LA CORTESÍA EN LA SOCIEDAD Y EN LA FAMILIA, Y MEDIOS QUE EMPLEA LA EDUCACION PARA HERMANARLA CON LA BENEVOLENCIA Y EL RESPETO.

No vamos á tratar de la cortesía puramente convencional y variable que, segun el capricho de la moda, consiste en maneras y fórmulas ceremoniosas dirigidas á honrar al que es objeto de ellas, sin que se humille el que las ejecuta. Considerada bajo este punto de vista, la cortesía es muy necesaria en toda sociedad civilizada, pues por mas que sea un barniz, cuya falta no implica esencialmente un vicio del corazon, es indispensable en la sociedad para evitar los choques que se pueden producir, ya entre personas extrañas las unas á las otras, ya entre los miembros de la familia. Las mas puras y bellas cualidades serian desconocidas y aun importunas, si los que las poseen, confiados en la excelencia del fondo, descuidasen la forma: no es permitido hablar con aspereza, aun diciendo cosas justas, ni hacer el bien con maneras deprimentes. Si las reglas de cortesía, á que deben sujetarse nuestras relaciones con los extraños, estuviesen siempre observadas en el trato mas familiar de la vida doméstica, serian un preservativo contra las contiendas y querellas que turban tan á menudo la paz y la felicidad de las familias. Sobre todo, una jóven que desde muy temprano necesita conciliarse la opinion, y de quien se esperan pruebas exteriores de los sentimientos dulces y benévolos que se le atribuyen, debe esforzarse por conservar este precioso barniz que la sociedad exige.

Pero la verdadera cortesía no consiste simplemente en la estricta observancia de las fórmulas; tiene por principios fundamentales la observacion delicada de los sentimientos ajenos, y las miras cuidadosamente dirigidas á estos mismos sentimientos. Definida así, la cor-

tesía se une á la benevolencia, y puede frecuentar tan legitimamente las chozas como los palacios.

No adquiere un niño la verdadera cortesía del corazón sino enseñándole á sacrificar constantemente su bienestar por el bienestar de los demás; pero la cosa no es siempre fácil. El egoísmo de la infancia no comprende que se tome el pedazo mas pequeño cuando se puede tener el mayor; que se ceda un buen sitio para tomar otro peor; que se deje hablar á otro cuando se tiene algo que decir.

En la casa paterna se muestra el niño altivo y soberbio para con los extraños, como el perro á la puerta de su casa; tiene en alto grado el instinto de la propiedad, y se permite actos de posesion que prohíbe severamente á los demás. Vigila las manos de los que han venido de visita, se impacienta cuando los vé tocar alguna cosa, y si no se considera suficiente para evitarlo, invoca la autoridad de sus padres.

De esta personalidad tan ingénuo, á las costumbres verdaderamente hospitalarias, hay mucha distancia: la educacion debe seguir un órden y una gradacion para pasar de la una á las otras.

La dádiva es la primera fórmula de cortesía, accesible á las inteligencias infantiles: de aquí la necesidad de que los padres den las limosnas por mano de su pequeña prole. Despues de haber dado lo de otro, el niño que, por efecto de su vibrante y simpática organizacion, ha llegado á participar de la satisfaccion del obligado, pronto se dispone á ceder una parte de su propiedad; y no tardará en cederla toda entera, si concibe la esperanza de aliviar miserias que excitan vivamente su compasion.

Cuando ha llegado á este punto, se le puede demostrar, de diversas maneras, que no basta dar á los desgraciados, sino que es necesario tambien esmerarse por ser agradable á todo el mundo. Para ello, la mejor demostracion es el ejemplo, porque el niño, viendo que su padre, á quien todos rodean de respeto, hace una acogida solícita y cordial, tanto á los extraños como á los amigos de la casa, pronto

conoce que esta benevolencia es obligatoria y honrosa para la familia. Cierta instinto le hará considerarse como obligado á proceder del mismo modo que sus padres, so pena de sufrir una especie de deshonor y de imponerlo; no querrá que el hijo de unas personas tan corteses y generosas sea tachado de grosero y miserable, y obrará con sus amigos como sus padres obran con los amigos de la casa.

Dedúcese de esto que la cortesía es ó debe ser un medio de reprimir el espíritu de egoísmo; y que la observancia de los deberes que impone puede conducir á importantes perfeccionamientos morales: comprendida de esta manera, merece un lugar entre las virtudes.

Para cultivar estas disposiciones y realzar mas aun el corazón de los niños, convendrá hacer porque estos hagan de caballeros ó pages de sus hermanas y de las niñas de las familias amigas de la casa. La facilidad con que los niños confunden lo ficticio con lo real, y la aptitud que tienen para representar un papel en serio, permite acostumbrar su carácter á la benevolencia, á pesar de sus instintos personales y altivos.

Las niñas tienen un tacto maravilloso para hacer dócil y flexible el carácter de los muchachos groseros y rudos; los conducen poco á poco á mostrarse atentos y complacientes; y, como saben el poder de su debilidad, castigan con una lágrima ó con un ceño, cuando no recompensan con una sonrisa.

La cortesía, como todas las cualidades, tiene sus excesos y abusos, y cuando se lleva á la exageracion, no tiene ya la conveniencia por medida, sino la baja lisonja de una parte y la mas grosera credulidad de la otra.

A veces por temor de incurrir en falta de urbanidad, por carecer de buen juicio, por frivolidad de espíritu, ó por vanidad, una jóven exagera le expresion de su ternura y aprecio, y se abandona al placer de ver acoger y admirar lo que dice. «Menester es, dice Madama Sirey, prohibir á las jóvenes las cortesías exageradas y los *primores* finos y delicados con que adornan la verdad: estas *nadas* hacen reir por

su oportunidad y gracia; pero son ilícitas desde que se convierten en medio de persuadir y obtener.» Estas palabras denuncian á la vez la cortesía vanidosa y la cortesía interesada, es decir, los dos principales caracteres del abuso.

No basta que un niño sepa dar su dinero á los pobres, compartir sus dulces con su hermano ó amigo, prestar apoyo á los menores y estar atento con todos: es indispensable enseñarle, como preliminar de la cortesía, el respeto debido á las personas mayores.

Este respeto, que contribuyó poderosamente á sostener la sociedad antigua y la estabilidad de sus instituciones, falta casi completamente en la sociedad actual. Sin investigar si la falta está en la vejez, que ha perdido mucho de su dignidad, ó en la juventud, que ha perdido la tradicion de los miramientos y consideraciones, es un hecho que la infancia y la adolescencia de nuestra época tienen una mala supremacía, por mas de un título. Sorprende con frecuencia el oír á un rapazuelo dirigir la conversacion en medio de un círculo numeroso, bromear á personas respetables, y decir disparates que son acogidos con favor, ó tonterías que nadie se cuida de reprimir. Una instruccion precoz parece justificar esta vana presuncion y darle una especie de frescura que solo corresponde á la juventud.

Muchas madres no temen hablar de los rasgos de talento de sus hijos, en presencia de ellos, exagerando su saber, cualidades y gracias. Hay padre que se complace en decir á quien quiere oírlo, que está muy distante de ser tan instruido como su hijo, y cifra una especie de vanidad en rebajarse á los ojos de su heredero.

Un padre, lo mismo que una madre, no puede abdicar su dignidad; debe exigir respeto para sí y para aquellos á quienes él mismo respeta; debe, sobre todo, poner el mayor cuidado en conservar su infalibilidad.

Finalmente, á pesar de la importancia de la cortesía, será un grave error el creer que puede suplir á otras cualidades y que el cumplimiento de los deberes de urbanidad puede dis-

pensar de otros deberes mas serios. Una jóven que se creyese libre de toda censura rehusando cortésmente una cosa debida y acogiendo á cada uno con buenas maneras, sin tener benevolencia hácia nadie, seria muy digna de vituperio. La cortesía no puede suplir á las virtudes; las favorece y facilita el ejercicio de ellas; las completa cuando existen; pero sola, no es mas que una vana máscara, un disfraz de hipocresía, una farsa sin moralidad.

J. T. L.

LA HISTORIA

COMO DEBE ESTUDIARSE POR LA MUGER.

Entre los principales estudios que concurren hoy á la instruccion de la muger, puede ser, á no dudar, uno de los mas importantes el de la historia, cuya enseñanza, por lo mal comprendida quizá de la generalidad, ha sido muy resistida, al introducirse en las escuelas primarias elementales, como inútil, ya en absoluto, ya en relacion con los demás ramos que en ellas se enseñan. Hoy afortunadamente no necesitamos refutar las especiosas razones con que se ha intentado demostrar que sobre no ser de utilidad y aplicacion inmediata este estudio, ofrece dificultades insuperables cuando los niños no están adornados de una memoria precoz; pues todas se hallan suficientemente contestadas con el sentimiento y la opinion general de aquellos pueblos que, abrazando francamente la reforma de sus escuelas comunes, han dado á la primera enseñanza de ambos sexos toda la extension que la ley prescribe, con lo cual han tenido ocasion de convencerse de la facilidad con que se infunde una instruccion, elemental sí, pero tan sólida y comprensiva de útiles nociones de casi todos los ramos del saber, como lo exige el carácter de la instruccion secundaria á que sirve de fundamento, el ejercicio acertado de cualquier arte ú oficio, y hasta el trato social en que se advierte la necesidad de esa comunicacion de ideas que hasta hace algun tiempo no habian salido del dominio de las ciencias. Sin embargo, la historia, cuya admision en la enseñanza elemental hemos dicho que ha sido tan combatida, porque la cuestion de su utilidad se ha debatido á grande altura, fuera del alcance de la infancia y de la muger, y á no menos distancia de los otros ramos

que se han creído parte esencial de una instrucción común, puede y debe considerarse en este caso bajo un punto de vista muy distinto, en el que resalta desde luego todo su interés para la educación é instrucción. Ni como ciencia, ni como cuerpo de estudio, rigurosamente ordenado en una extensión que baste á dar idea de la nacionalidad y la vida de un país, una parte del mundo ó la humanidad entera, es como debe entrar á formar en el cuadro de los estudios de la primera instrucción que ha de contribuir al desenvolvimiento intelectual de la muger, á quien por otra parte no quedan como al hombre tiempo y estudios para ampliarla y completarla hasta al punto que conviene á sus destinos. Su carácter debe ser otro enteramente, y no tan fácil de determinar, por mas que se comprenda, que en breves rasgos é indicaciones podamos desde luego hacerlo.

Es bien cierto que el estudio de la historia, hecho como de ordinario tiene lugar el de otros ramos en cuya enseñanza es el libro el instrumento y medio principal, se convierte en una tarea pesada y estéril en este caso, y hasta incomprensible y odiosa, porque la muger no toca otro resultado que aprender rutinariamente de memoria la narración de los hechos consignados en el libro, no comprendiendo sus causas, ni alcanzando la explicación de su influencia; de donde resulta casi siempre no recoger fruto alguno y haber fatigado con este penoso trabajo las mejores disposiciones, imprimiéndolas además un sello pernicioso para el desarrollo intelectual de quien lo desempeña.

La vida práctica es la mejor escuela, porque á la vez que instruye, persuade, interesa y produce para el que estudia cuantos efectos pueden esperarse de la lección mas elocuente; por esta misma razón la mejor lección es el ejemplo. Mas como sea imposible que en la vida de un individuo, y mucho menos en el período de su educación, se le puedan presentar como lecciones para todo el estudio que le es necesario cuantos ejemplos hubieran de servir á su enseñanza; y aunque fuese posible que ocurrieran, nunca serian tan oportunos y repetidos como se exigieran en cada caso, por eso la historia, depósito inagotable de todos los ocurridos en la sucesión de los tiempos, en la grandeza y decadencia de todos los pueblos, es el mejor suplemento del ejemplo para la mas sólida instrucción. Esta idea dice por sí sola bastante para que se comprenda en qué sentido y con qué objeto la historia ha de formar parte de los estudios ele-

mentales de la infancia, y principalmente de la muger, al propio tiempo que de ella misma puede deducirse en qué forma y por qué orden conviene mas á los rectos fines de la educación que tenga lugar su estudio.

Si pretendiéramos persuadir del interés que el estudio de la historia tiene por los frutos que en él recoge el hombre y puede recoger la muger, fácil nos seria traer á la memoria hechos y entrar en gratas consideraciones que no dejarían duda alguna de que en sus preciosas fuentes se bebe la doctrina mas pura que ha brotado de la lucha del espíritu, los combates de la inteligencia, las conquistas de la razón y la justicia, los sufrimientos de la humanidad y las glorias de la religión. Pero no es ese nuestro objeto: lo limitamos solo á demostrar la posibilidad y conveniencia de su estudio en una edad tierna para la muger, el orden y forma en que debe verificarlo y la aplicación práctica que de sus resultados debe hacerse á todo cuanto tiene relación mas ó menos directa con su mejor y mas fundamental educación.

Si presentamos la historia á la muger para su estudio enclavada en el orden cronológico que es imprescindible para que por su conocimiento vá á adquirir el profundo y filosófico de las vicisitudes por que han pasado el individuo y la humanidad desde su origen hasta nuestros días, con el fin de hacer aplicaciones acertadas de su enseñanza en diferentes sentidos, y principalmente al porvenir de la humanidad, desnaturalizamos por completo este medio de educación é instrucción, porque habremos de imponerla una tarea muy superior á sus fuerzas, en la que hay en un principio para ella mucho de pesado, odioso é inútil, aparte de lo incomprensible. Las páginas de la historia registran entre sus grandes acontecimientos muchos de que se pueden formar preciosos cuadros de todas las virtudes, de todos los vicios, de grandes cualidades y dotes humanas, de no pequeños defectos y debilidades, y en esta forma y por el orden que la marcha de la educación lo reclame, es como nosotros consideramos que debe iniciarse el estudio de la historia para la muger, presentándola cada cuadro con los colores mas propios y verídicos, al paso que en la exacta conformidad que ofrezca con el objeto á que intentemos darle aplicación. No basta esta conformidad en el hecho para una enseñanza cumplida, es de necesidad también una apreciación de sus causas y consecuencias para despertar la previsión ilustrando la inteligencia y moviendo la vo-

luntad de aquella á quien presentamos el ejemplo como modelo que debe imitar ó huir, y aun aborrecer.

En este primer trabajo sobre la historia ha de llenarse siempre el objeto de presentar al individuo en sus relaciones mas limitadas á la familia y sus semejantes, dejando para mas adelante hacerlo gradualmente en la extension completa de sus relaciones con el pueblo, la nacion y la humanidad en conjunto, para venir á concluir despues en el estudio de cuadros donde desaparezca el individuo aislado, le reemplaza la colectividad, como en los que ofrecen las relaciones de familia á familia, pueblo á pueblo, nacionalidad á nacionalidad, ó que cuando menos estas estén personificadas en el individuo y á ellas pertenezcan sus hechos.

Conducido á este punto el estudio de la historia, despues de haber producido abundantes y riquísimos frutos en la inteligencia y el corazon de quien no ha podido menos de cultivarlo con gusto, mucho mas cuando se ha procurado que los cuadros en que lo ha hecho sean en su mayor parte de la historia de su pais natal, viene insensiblemente y con imponderables ventajas la posibilidad y necesidad del estudio ordenado, metódico y completo de la historia nacional y universal, que tan necesario debe considerarse en la que está llamada á intervenir un dia en la educacion é instruccion del hombre como lo hace la madre de familia.

Bajo este sistema entrará la historia á formar parte de los objetos de instruccion que con destino á la muger vayan figurando en las columnas de nuestra Revista.

R. P.

LA MUGER DE MAL CARÁCTER.

Infeliz el hombre condenado á pasar su vida con una muger áspera; por mi parte considero que vale mas habitar en un desierto, como dice un proverbio, que con una muger iracunda y quimerista.

La muger de genio ágrío es mala, colérica y regañona; un nada la irrita y le produce interminables accesos de mal humor. Se la vé siempre tosca y ceñuda; nunca hace tanta gala de sus groserías y malas cualidades, como cuando su marido recibe á sus amigos; y se veria desconsolada, si á fuerza de descortesía y desagrado no consiguiese obligarlos á no volver á la casa. Posee en alto grado el talento de contrariar; si vé reir, toma el

aspecto mas triste y severo; si nota enfado, se pone á cantar; si se dice blanco, sostiene negro con una obstinacion invencible; si se habla de personas, dice mal de aquellas que han sido elogiadas, y elogia á las que han merecido vituperio; hágase lo que se haga, y dígase lo que se quiera, preciso es que contradiga. Las palabras que tiene constantemente en la boca son: «*al contrario*» ó bien, «*eso no es verdad.*» Asi se pone siempre en oposicion con todo el mundo, no por restablecer la verdad, ni por espíritu de contradiccion, sino puramente por maldad y con el fin de disgustar á los demás.

Lo mas singular es, que hace primeras víctimas de sus groserías, cabalmente á las personas á quienes deberia tener mas afecto, á su marido, á su padre, á su madre, á sus hijos: se diria que no tiene corazon, si no lo revelase su malicia. Las garduñas, las raposas, los lobos y otras bestias feroces, tienen el instinto de no hacer daño en los sitios donde habitan, á fin de poder vivir con seguridad; la muger de mal carácter es mas torpe que estos animales, porque en su propia casa busca sus víctimas.

Si se le hace resistencia, cae en un acceso de furor y emplea las invectivas mas innobles; si se creyese la mas fuerte, se dejaria ir hasta los últimos extremos; pero el temor de las represalias la contiene en ciertos limites. Si se le sigue haciendo resistencia, emplea el medio mas decisivo, un ataque de nervios. Este ataque, primeramente simulado, y mas ó menos bien gesticulado, no es peligroso; pero si le dá buen resultado cerca de un hombre crédulo y débil, lo emplea muchas veces; y el ataque, de fingido que era, se hace mas y mas real á medida que los nervios se habitúan á contracciones violentas, y viene despues la epilepsia acompañada de una completa imbecilidad; no hay médico algo experimentado que no afirme la verdad que acabo de exponer.

El vicio de la muger áspera y ágría es una verdadera enfermedad moral que fácilmente puede curarse, si se ataca desde el principio; pero si se descuida progresa rápidamente y llega á ser incurable.

¿Qué es necesario para curarla? Una firmeza fria del marido, que llegue hasta la crueldad, si es indispensable; hablo de una crueldad moral, que nada tiene de comun con la brutalidad; si este medio no dá resultado favorable, huid de semejante mónstruo y llevaos á vuestros hijos, porque mas vale privarlos de su madre, que desmoralizarlos y enbrutecerlos.

Un honrado aldeano, viudo y muy rico, tenia una hija única, á quien amaba con idolatria, y á quien puso al frente de su casa, retirándola del convento. Desgraciadamente aquella jóven no tenia corazon ni entendimiento; sin tener quien la dirigiese, fué primero imperiosa con los criados, y no encontrando resistencia, llegó á ser en extremo exigente y ágría. Poco á poco fué ha-

ciendo víctima de su mal carácter á su padre, y el débil anciano se creyó desgraciado, hasta el punto de buscar un medio de librarse del yugo, que se le hacia cada día mas insoportable. No halló otro que el de casarla; pero como su mala condicion era conocida, ningun hombre aceptable se atrevió á presentarse, á pesar de la considerable fortuna de la jóven.

Un segundon, oficial de caballeria, que no se dejó espantar de lo que se decia de la maldad de la jóven, fué á pedirla, y el padre, celebrando esta única ocasion de deshacerse de su hija, se la concedió, sin vacilar; el oficial nizo la gata muerta cerca de ella, y representó tan bien el papel de mándria, que muy poco tiempo despues se casaron.

A la mañana siguiente la recién casada tuvo la idea de prevenir á su marido sobre la conducta que pensaba seguir en el matrimonio.

—«Mira, le dijo, debo prevenirte que soy algo colérica.

—Pues yo nunca me altero.

—Quiero que se me obedezca.

—Siempre obedezco en todo lo justo y razonable.

—Tengo algunos caprichos.

—¿Y qué muger no los tiene?

—Quiero ser la dueña de mi casa.

—Eso es muy justo; solo la muger debe dirigir su casa.

—Pues si es así, veo que vamos á ser excelentes esposos.

—No lo dudo, querida mia; y puesto que has sido tan franca conmigo, es menester que yo lo sea contigo, porque no hay mejor casa que aquella en que el marido y la muger se entienden bien; entendámonos pues.

—Veamos, ya te escucho.

—Tú eres colérica, yo no lo soy; pero cualquier obstáculo que encuentre en la ruta de mis voluntades, si no lo puedo superar, lo rompo; no exijo la obediencia sino en lo que es justo y racional; pero levanto la tapa de los sesos á los que rehusan obedecerme.

—¿Cómo! ¡es atroz lo que dices!

—¿Qué quieres, muger! en lo demás soy un cordero. Esto lo sé muy bien, es un defecto; pero no me lo he podido corregir, como á ti te ha sucedido con tu cólera, tu despotismo y tus caprichos; sin embargo, no creas que procedo de ligero, pues hago mis advertencias; pero si á la tercera no me han hecho caso, obro. ¡Vá una! ¡van dos! ¡van tres! y trác, tiro del gatillo de mi pistola.»

La cosa pareció tan singular á la jóven esposa, que se rió mucho con su marido; pero no se quedó muy tranquila.

Despues de almorzar, el oficial mandó que le ensillasen el caballo para ir á visitar á un amigo suyo que residia á una legua de allí, y ordenó á su muger que

montase á la grupa. Aunque tenia buena voluntad de acompañarle, una órden tan terminante la sublevó un poco y vaciló. «¡Vá una!» le dijo su marido riendo; ella se decidió, y partieron.

Tenia el oficial un hermoso lebrél, al cual parecia querer mucho. El perro, al salir de la casa, vió unos patos, y los corrió. Llamólo su amo, y le dijo: «¡Medor, vá una!» El matrimonio montaba un soberbio caballo de mucho precio; pero como el camino era muy malo, tropezó. «¡Vá una!» dijo el marido.

Al pasar por delante de un cortijo, el perro persiguió á una gallina. «¡Van dos!» El caballo dió un mal paso. «¡Van dos!» Todo esto, dicho sin ira y jugando, divertia mucho á su muger. «Ya ves, querida mia, que no me encolerizo y que soy completamente un buen hombre, como te decia esta mañana.»

Caminaron un cuarto de legua mas, y Medor dió caza á unas ánades que guardaba un niño. Apeóse tranquilamente, tomó de la tapafunda una pistola y llamó á su perro. «¡Van tres!» dijo pasándole de un balazo el corazón; y despues de haber echado en una zanja, con el pié, el cadáver ensangrentado, volvió á montar á caballo con la misma tranquilidad que habia mostrado al apear-se. Pero su muger no reia ya. «Yo me figuraba que querias mucho á tu perro.—Ciertamente, querida mia, lo he querido mucho mientras ha sido obediente; pero me ha desobedecido dos veces, sin duda porque lo vició en la casa la debilidad de tu padre y tus criados.»

Un momento despues tropezó el caballo, de tal modo, que estuvieron á punto de caer. «¡Van tres!» dijo; echó pié á tierra, ayudó á bajar á su muger, condujo el caballo á la orilla del camino, y le rompió el cráneo de un pistoletazo. En seguida le quita la silla, la brida y la maleta, y se volvió á su muger, diciéndole: «Querida mia, como los casados deben ayudarse mutuamente en la vida, voy á encargarme de la maleta y la brida, que son los objetos más pesados, y tú llevarás la silla.

—¡Una muger como yo llevar una silla!

—¡Van dos! dijo con frialdad; y puso la silla sobre la espalda de su muger, que no volvió á replicar.»

Una hora despues, llegaron con tan triste equipaje á un pueblo, donde tomaron una silla de posta que los condujo á cincuenta leguas de allí á casa del oficial.

Este, dos años despues, llevó á su muger á ver á su padre, que lloró de ternura abrazándola, porque la encontró entonces tan dulce, tan buena y respetuosa, como áspera y ágría habia sido otras veces. Ella adoraba á su marido porque sabia cuánto le habia costado á él, tan bueno y amante, el haber tenido el valor de hacerlo necesario para su curacion moral; despues nunca se ha visto mejor matrimonio.

Si sentis una tendencia al mal humor, á la contradicción y á la obstinacion, haced los mayores esfuerzos

para corregiros, si no quereis que os detesten en todas partes.

La muger amable tiene siempre la sonrisa en los labios, porque la serenidad de las facciones y la sonrisa son los reflejos de un buen corazon; un semblante desabrido y ceñudo es siempre feo, aun en la muger mas linda; nada afea tanto como la maldad.

Una muger de mal carácter labra su desgracia y la de los que la rodean. Tan odiosa condicion es siempre resultado de una mala educacion, y no progresa sino por la debilidad de los padres ó de los maridos; Dios hizo fuerte al hombre y débil á la muger; loca será la que crea que la olla de barro puede luchar mucho tiempo con la de hierro.

LA SÍLFIDE Y EL ÁNGEL.

(Cuento fantástico.)

Era una noche de julio, tempestuosa y sin luna, en la que tenia lugar una excena estraña en el reino de las hadas.

Las sílfides, las ondinas, las hechiceras y encantadoras, todas se dirigian misteriosamente á un parterre de raras flores iluminado por la verdosa llama de las luciérnagas. Las mas preciosas sílfides parecian consternadas y expresaban en sus miradas una tierna compasion. Algunas viejas hadas, apoyadas en su varita misteriosa como sobre una segura muleta, conferenciaban en voz baja señalando con el dedo á una jóven sílfide que encadenada comparecia ante un príncipe de barba plateada. Ella era un culpable y el príncipe su juez: iba á tener lugar el fallo de un proceso. El acusado se llamaba Ariel; nombre seductor, aunque bastante comun en el reino de las hadas, donde todo es tan precioso y encantador. Muy jóven aun, Ariel habia sido favorecido por la fortuna, bella dama tan inconstante entre los genios como entre los mortales, hasta ser colocada en las gradas del trono. La magestad reinante entonces era una rosa; pero tan fresca, tan delicada, tan vaporosa, tan sensible y poética, que apenas se sostenia sobre el tallo; un rayo un poco caliente la ajaba y el menor viento la abatia. Su flexibilidad era el mayor encanto de su belleza y los cortesanos la prodigaban á cada paso todo género de adulaciones.

La rosa habia creado un orden de caballeria llamado del *abanico*. Los caballeros prestaban juramento de defender á su soberana de los ardores del sol, del polvo y los mosquitos. La reina elegia ordinariamente para su inmediato servicio los mas jóvenes y ligeros, y si alguna vez la política la obligaba á aceptar los homenajes de al-

gun viejo señor, tenia cuidado de transformarlo en mariposa nocturna, guarda que vigiaba durante su sueño y se retiraba á la venida de la aurora.

Ariel, acogido por la reina con una benevolencia marcada, excitó muchas envidias; pero como era muy jóven, confiaban los celosos cortesanos en que su inexperiencia le haria caer en alguna falta que atrajera su desgracia. Ariel era, por otra parte, bastante indiferente á la fortuna y no tenia nada de orgulloso, aunque participaba de cierto espíritu romancesco.

Una vieja hada le habia leído la restauracion y aventuras de la Bella del Bosque Durmiente, enseñándole la historia antigua. Esta hada, de ojos azules, dotada de gran imaginacion y seductora elocuencia, trastornó al pobre jóven, que quiso desde luego correr por montes y por valles, vencer peligros y atacar mónstruos enormes.

Un dia, en fin, dia de canicula, la rosa inclinada por su languidez, llamó débilmente á Ariel para que viniese á refrescar su corola con el viento de sus alas. La bella princesa llamó en vano al page vagamundo, que fatigado de cansancio, yacía tendido sobre la hoja de un árbol reposando de sus quimeras.

Apenas la rosa habia exhalado sus primeras quejas, un señor insecto se aproximó: revoloteó con gracia sus bellas alas matizadas de rubí y zafiro, inundando con un ligero viento á la soberana indignada, procurando atraer su atencion.

— Caballero, le dijo, sin vos hubiera llegado á sucumbir bajo el ardor del sol. Os otorgo todos los honores de que habia colmado á Ariel. Llamad mis guardias para que prendan al culpable; reunid mi córte y que sea juzgado esta misma noche.

Así se verificó. Era una noche solemne: noche de luna nueva. Un viejo hechicero, bajo la forma de un grillo, leyó el acta de acusacion. Ariel no intentó defenderse, y quiso mejor guardar el secreto de sus excursiones, porque se hubieran reido las hadas. Esperó el juicio con ansiedad, y el tribunal no tardó en deliberar pronunciando su fallo antes del alba. La sílfide fué condenada á vagar sobre la tierra bajo la forma de una negra araña, y su pena debia durar un año.

Cuando apareció la aurora, hizo brillar las gotas de rocío como cristalinos espejos, en que las hadas contemplaban su belleza, y Ariel vió allí su propia imágen.

¡Cansado!... ¿qué haré yo en este mundo sin piedad que aplasta á los pequeños y rechaza á los feos? ¡Si yo pudiera solamente amar un niño ó una dulce jóven!... ¡pero son tan sensibles á la fealdad!...

Al mismo tiempo que la sílfide castigada entraba en el mundo, un prisionero, victima de una odiosa tiranía, gemia en un oscuro calabozo hacia bastante tiempo, y ni la mas remota esperanza venia á aclarar su porvenir. Tenia siempre á su lado el Evangelio sobre el colchon

de paja en que dormía, pero la desesperación arrancaba á su corazón hasta los consuelos divinos.

Un día, cuando el sol se hallaba en su mayor altura, uno de sus rayos se deslizó fortivamente en el calabozo. El prisionero alzó los ojos, y al exhalar un suspiro, por no estar acostumbrado á estas impresiones, vió una araña que tejía su tela con afán. Pareció al infortunado, que no veía mas que piedras, que esta araña era dorada y luminosa; pero no era mas que una criatura viviente con su instinto, sus deseos, su repugnante aspecto y su fin, que había de cumplir con su trabajo. El prisionero tendió las manos hácia ella con una mezcla de alegría y reconocimiento, y el obrero silencioso agitando sus ocho patas se apresuraba á terminar su obra. Sujetó el último hilo de su tela, lo desarrolló de nuevo, y suspendiéndose de él descendió ligeramente sobre el brazo del prisionero, en el que se detuvo con timidez.

—¡Pobre sér frágil! ¡huyes del mundo, que no tiene piedad de tí, pero el corazón del desgraciado está abierto á ella, y comprende la mirada de los envilecidos y rechazados! ¡Araña de la oscuridad, la dije muchas veces, tráeme la esperanzal y alegre entonces como un niño libre, creyéndola cerca de mí, hablaba sin pensar á la superstición que ella me atraía con su presencia.

El prisionero abrió el libro divino.

—¡Ay de mí mi vista se ha oscurecido y no distingo las letras: mi pobre araña, ¿si tú me ayudases á leer las palabras del que ha sufrido mas que todos nosotros?

El pequeño cuerpo negro se deslizó silenciosamente sobre el texto sagrado, y se detuvo sobre una línea, despues de haberla recorrido varias veces. El prisionero se fijó en sus palabras, que le parecieron claras, y se las sobre una página en blanco.

—«Dichosos los que sufren por la justicia.»

El cautivo lo comprendió y oró.

La araña se estableció de nuevo en su morada. Dócil y cada vez mas aleccionada, se aproximaba á ciertas horas al infortunado que había tomado por maestro. Cautiva voluntaria, le contemplaba con solicitud. Colocada á veces sobre su blanca y fria mano, interrogaba sus rasgos pálidos y enflaquecidos y sus ojos apagados. De noche, cuando la fiebre del insomnio arrancaba un gemido al prisionero, se distinguían en la oscuridad del calabozo los ojos de su compañera tan brillantes como diamantinas facetas. Tanto cuidado, tanta ternura, habían penetrado como un misterioso lenguaje en el corazón del cautivo. Era como una bella luz celeste que brillaba en un desierto de esperanza.

Un invierno, una primavera y un estío pasaron así.

Hallándose una noche la araña en las barras de la reja, una brisa perfumada la envolvió como una nube: una figura delicada, ligera, aérea, se deslizó, y con una voz dulce y seductora la llamó Ariel. La desterrada sil-

fide recoció al momento al mensajero del reino de las hadas.

—Apresúrate, Ariel, dijo la voz misteriosa, la reina te llama: ella ha ordenado una fiesta para celebrar tu vuelta: serás colmada de honores que no has tenido jamás. Ven, esta nube te transportará; y libre en los aires, allí recobrarás tu primitiva forma de bella y encantadora sílfide.

Ariel no se conmovió y contemplaba á su compañero de cautividad, que dormía un sueño pasajero.

—Cuando despierte, dijo, quizá lllore mi muerte porque no me vé con él: ¿y quién reanimará su corazón afligido si yo le abandono? Amiga, vuelve á la mansión encantada. Mi alma no aspira ya mas á la alegría, porque deseo mejor sufrir con los que me aman.

—Pero tú no conoces, repuso el mensajero, los nuevos esplendores de palacio: la música, perfumes, flores, todo es doblemente encantador.

—¡Silencio! no turbeis su reposo: ayer no ha podido dormir y sufría.

Diciendo estas últimas palabras, Ariel se aproximó al prisionero para asegurarse de que no se había alterado la regularidad de su respiración. Al mismo tiempo una brisa perfumada elevaba á la sílfide mensajera al reino de las hadas, y como un meteoro brillante atravesaba el espacio con la rapidez de una chispa de fuego lanzada por una mano divina. En el calabozo resplandeció esta luz que debía purificar las almas despues de la prueba de la vida, y un ángel de frente grave y pura pronunció estas palabras:

—Criatura de una raza inútil y abandonada, por una sola palabra de amor has conquistado una alma divina. Tú prefieres el sufrimiento con el que amas y seréis unidos en una misma gloria. Este justo debe quedar aun sobre la tierra para consolar á los que lloran. Tú subirás á las regiones celestes como un ángel de perdón y de caridad. La primera alma de niño que descienda del cielo te será confiada en el mundo, y oirás su ingénuo voz murmurar algunas veces á su ángel de la guarda, y persistirás en la obra gloriosa que te ha sido confiada.

C.

CONVERSACIONES

SOBRE LA ECONOMÍA DOMÉSTICA (1).

EL USO DE LOS OBJETOS.

Yo. Si supiéseis cuánto me cuesta dejar mi papel de oyente para hacer os citas y dar os respuestas, yo que vengo á instruirme preguntándoos, me permitiríais principiar esta conversacion con la lectura de otro párrafo, en que abunda el buen sentido de nuestro moralista de Florencia: será por última vez.

(1) Véase la página 109.

Luisa. ¡Cualquiera diría que temeis darnos un mal rato, y se trata de una cosa muy agradable! Si mamá piensa como yo, os vamos á rogar encarecidamente que nos impongais ese trabajo.

La madre. No creo á este caballero capaz de hacerse rogar; basta que le aseguremos el gusto con que le vamos á oír.

Yo. He aquí, pues, como nuestro Paudolfini se expresa sobre el asunto de que debemos tratar hoy: sabeis que habla á sus hijos, refiriéndoles cómo por sus consejos habia llegado á ser su madre una buena ama de casa.

«Os vais á reír: vuestra madre, tan llena de candor y de sencillez, se consideraba una entendida madre de familia en todo aquello de que yo le habia ya hablado. Le dije que á una madre de familia no era bastante ocuparse en sus obligaciones, si no sabia lo necesario para cumplirlas bien, y le pregunté si su madre le habia dado instrucciones para conservar las cosas de la casa y preservarlas de todo mal uso; á lo cual me contestó que se consideraba enteramente capaz de ello. Tanto mejor, querida mia, le dije; me alegro de que os presenteis á mí con tanta experiencia; tengo la seguridad de que estais decidida á mostrar en todo que sois una buena madre de familia; pero á fin de que Dios os ayude y os conserve esa buena voluntad y esa pureza de sentimientos, ¿qué hareis?»

»Ella se apresuró á contestarme con un aire de satisfacción, aunque ruborizándose algo por modestia: ¿No haré bien, dijo, teniéndolo todo guardado? No por cierto, le respondí; y me ocurrió presentarle un ejemplo. Si en vuestra cómoda, le dije, entre vuestros vestidos de seda y demás adornos de oro, plata y piedras, preciosas colocáseis vuestra ruca, introdujéseis la vinagrera llena de aceite, y encerráseis los polluelos, ¿qué pensaríais del cuidado con que habíais guardado todas estas cosas? Al oírme decir esto, se quedó pensativa, guardó silencio y pareció pesadosa de haber respondido con demasiada ligereza; y yo me complací al ver tan sincero arrepentimiento, pues me mostraba que si ella misma se habia creído demasiado ligera para dar su contestacion, seria en adelante mas reflexiva. A los pocos instantes me miró y sin hablar se sonrió. ¿Qué elogios, le dije entonces, esperaríais de vuestras vecinas, si, cuando os hicieran alguna visita, viesen que habíais encerrado todas las sillas? Bien comprendéis que colocar los pollos entre madejas de lino seria una torpeza; poner el aceite junto á los vestidos, seria una lástima, y encerrar los objetos que se usan á cada momento en la casa, probaria poco juicio. No es necesario, pues, que todo esté guardado, como habeis dicho, sino que en la casa cada cosa esté en su sitio; y de tal manera, que la una no pueda perjudicar á la otra; que cada una esté colocada donde pueda preservarse por sí misma, y ser presentada, para los usos domésticos, con prontitud y sin embarazo. Habeis visto cuál es el sitio naturalmente señalado á cada objeto; si reflexionais que alguno estará mejor en otra parte, y mas á la mano, dadle mejor colocacion. Si quereis que ninguno se deteriore, volved á poner en su sitio el que haya servido, á fin de que cuando otra vez haga falta, lo volvais á encontrar sin trabajo, y que en caso de que se haya perdido, ó esté prestado, su sitio vacío os recuerde instantáneamente por qué falta, y os dé la idea de recuperarlo y volver á ponerlo en su lugar. Si conviene tenerlo todo guardado, mandareis encerrarlo y que os entreguen las llaves, pues debeis tener bajo vuestra custodia lo que sea de la casa. Para esto, no debeis estar siempre ociosa, sentada y con los codos apoyados en la ventana, como hacen cier-

tas damas indolentes, que tienen en la mano todo el día una labor de costura y no hacen otra cosa. Ejecutad cada día el agradable ejercicio de pasar una revista general á toda la casa, observad si cada objeto está en su sitio y hasta qué punto cada sirviente se ocupa en sus obligaciones, alabad al que las cumpla mejor, ved si lo hecho se ha podido hacer mejor, advertídselo al que trabaja y hacédle trabajar en vuestra presencia. Ante todo, huid de la ociosidad, ocupaos siempre en algo y asegurad la ocupacion de los demás: este ejercicio facilitará mucho la economía, y os será muy útil; habiéndolo hecho, cenareis mejor, y estareis mas ágil, mas fresca y mas bella; la familia estará mas arreglada, y de esta manera no os podrán saquear las provisiones: cuando los criados no temen ser vistos y saben que nadie tiene el ojo sobre ellos, desperdician mas que aprovechan.

»Aun resulta de esto mayor daño, porque los criados se hacen glotones, disipadores, y la negligencia de los amos les presta osadía y facilidad para entregarse á los vicios. Tambien recomendé á mi esposa el cuidar con la mayor atención posible de que las cosas estuvieran distribuidas en la casa con orden y regularidad; el no tolerar en los usos domésticos lo superfluo; el retirar todo lo superabundante y mandar colocarlo en sitio seguro, y si hubiese algun objeto inútil, venderlo; mostrar siempre mas diligencia por vender que por comprar, y no gastar el dinero sino en cosas necesarias para la familia.

»Todo objeto, añadió á mi esposa, sin el cual nuestras necesidades puedan estar convenientemente satisfechas, debemos considerarlo como superfluo y no dejarlo á disposicion de todos. Menester es guardarlo, como la plata que no esté en uso diario, pero colocándolo en su sitio; y cuando nuestros amigos honren nuestra mesa, la decorareis. Los objetos que solo sirven en la primavera, tendreis cuidado de que no rueden por la casa durante el verano: los que solo se emplean en verano, deberán estar guardados en primavera. Todo cuanto podais reducir honrosamente en las cosas de la casa, reducidlo: si comprendéis que hay demasiado, reducid, guardad y conservad.

»Tambien le di esta regla: para conservar bien los objetos, es menester prestar atención á dos cosas: primero, á que no se echen á perder por sí mismos, y luego á que no sean alterados y usados por otros. El primer cuidado será, pues, guardarlos en el sitio que mas convenga á cada uno para conservarse con mas seguridad y para su duracion; el grano deberá estar en un sitio fresco y expuesto al Norte; el vino en un lugar que no sea demasiado fresco ni caliente, donde el viento ni los malos olores puedan perjudicarlo. Conviene verlos con frecuencia, á fin de que si por casualidad empezán á dañarse, se pueda en seguida poner remedio al mal, ó apresurarse á emplearlos antes de que se inutilicen por completo, de tal modo, á lo menos, que todo no se pierda. Es necesario además tenerlos encerrados de manera que nadie pueda tocar á ellos. No estará demás, añadió, que los objetos que han de dejarse para el uso de los criados estén tambien en su respectivo lugar y bajo llave. Veria yo con gusto que todas las llaves estuviesen en poder de la madre de familia, que tendria cuidado de no dejarlas circular en muchas manos; y solo las llaves que sirven muy á menudo, como la de la despensa, se podrían confiar á uno de los sirvientes mas celosos de la casa, al mas fiel, al mas honrado, al que economice mas nuestros recursos. La señora se las dará, bajo la condicion de que las ha de llevar siempre consigo, porque seria muy embarazoso para ella dar y tomar las llaves muy á menudo. Querida mia, le dije tambien, arreglaos para

que las llaves estén siempre colocadas de manera que no haya necesidad de buscarlas ó retardar su uso cuando sea necesario servirse de ellas. A los sirvientes que estén en buen estado de salud dareis cosas buenas para que las conserven, y á los que estén enfermos les hareis seguir un régimen bueno y esmerado para que las recuperen: es una economía el curarlos pronto. Interin estén malos, no os servireis de ellos, y gastareis por ellos, y cuando estén buenos os servirán con mas fidelidad y afecto; así llegareis á dar á cada uno en la casa lo que le sea necesario.

»Para que en nuestras necesidades domésticas no lleguen á faltarnos las cosas, obrad en la casa como yo fuera de ella. Pensad bien de antemano en todo lo que pueda seros necesario; daos cuenta de lo que resta de cada cosa en la casa, de lo que nos puede bastar ordinariamente, de su duracion y de lo que nos conviene para nuestro uso. Entonces sabreis á qué necesidad es menester proveer y en qué medida; me lo direis antes de que el objeto falte enteramente, para que podamos adquirirlo con menos gasto: lo que se compra de prisa, carece ordinariamente de buenas condiciones y cuesta mas.»

La madre. He aqui muy buenos consejos, indudablemente; y á pesar de la forma caprichosa de algunos, y de la inutilidad ó la difusion de otros, me ha gustado mucho esa arenga ingénuo y ruda. Todo lo que dice vuestro Florentino sobre el arte, menos comun de lo que se piensa, de tener cada cosa en su sitio, y sobre la vigilancia inteligente de los pormenores, que contribuye eficazmente á la conservacion de los objetos, merece una seria reflexion.

El padre. Para mí es muy singular un marido profesor de su muger, en la ciencia de las cosas caseras, en vez de trabajar de dia y dormir de noche.

Yo. ¡Ved cómo se juzga á los demás segun la medida de sus perfecciones! Dejemos á un lado las singularidades, y aprovechemos siempre los buenos consejos. Nuestro hombre, señora, no lo ha dicho todo; ¿no añade nada vuestra experiencia á sus preceptos?

La madre. Dejo por esta vez á mi hija la palabra; pues hace algun tiempo que tiene á su cargo esos pormenores: la tengo hecha mi intendente.

Luisa. Vuestro intendente hablará en nombre de su maestro, y en virtud de las lecciones que de él ha recibido.

Los objetos que se pueden emplear en la casa son, ó comestibles, ó provisiones relativas al servicio, como la leña, el aceite, etc.; ó, en fin, muebles.

En cuanto á los comestibles, tenemos cuidado de fijar con alguna anticipacion el uso de los que nos quedan, á fin de que no se venga á última hora, en el momento mismo de la comida, á sobrecargar la mesa con los manjares de ayer añadidos á los del dia. Nosotras hemos almorzado ó comido algunas veces en casa de amigos de nuestra familia que carecian absolutamente de esta prevision. Cuando veian traer á la mesa un hermoso pastel apenas empezado, ó la mitad de un ave muy apetitosa, se volvan hácia la criada y le decian: «¡No nos habíais dicho que hubiese sobrado tanto! Pobre y ridicula manifestacion en boca de una ama de casa, que debe saber, á punto fijo, lo que le queda y cuándo y cómo puede gastarlo.

Nosotras tenemos el hábito de disponer exactamente cada noche la comida del dia siguiente, examinando lo que puede servir de los manjares del dia. Así ponemos á nuestra cocinera en buen camino, no la dejamos tomar ninguna autoridad y nos evitamos un despilfarro ruinoso ó una escasez, que sea la vergüenza de la casa.

Bien sabemos que no es tarea muy agradable el disponer y arreglar las comidas, porque es necesaria alguna variedad, y las combinaciones no son muy fáciles, sobre todo en ciertas estaciones del año. Es preciso que la buena ama de casa tenga en cuenta el temperamento y el gusto de las personas de la familia, no por lisonjear las delicadezas, sino para darles una justa satisfaccion. Conocera, pues, los pormenores de la cocina bastante para prescribir lo que se puede ejecutar y lo que debe agradar. Esta regla no supone lujo, y puede aplicarse al régimen mas sencillo como á las mas grandes comidas.

Una de nuestras ocupaciones indispensables consiste en determinar bien á los criados el gasto de los comestibles, ya para el uso de la casa, ya para el de ellos. El de las provisiones que pueden estar bajo llave, como el azúcar, el café, y en general todo lo que pertenece á la despensa, para que no escaseen. Acostumbrados á esta precaucion desde el principio, los buenos criados no pueden quejarse, pues en ello no ven desconfianza, sino órden, y comprenden que el mal uso es difícil, cuanto menor es la provision que se maneja.

Nunca se permiten nuestros criados tocar, sin estar autorizados por mi madre ó por mí, á los manjares extraordinarios. Esperan á que les digamos: *podeis tomar esto ó aquello; consumireis este pastel; almorzareis mañana este resto de ave.* No se creen despreciados ó maltratados por nosotras; están habituados á ver como natural que los criados no participen siempre de lo superfluo de la mesa de sus amos. Para sostener este principio cuidamos de que nunca puedan acusarnos de alimentarlos mal. Queremos que estén contentos y que no se resabien; y les evitamos, en cuanto es posible, todo motivo de presuncion y toda ocasion de queja.

En cuanto al uso de las provisiones relativas á las otras partes del servicio, al fuego y al alumbrado, por ejemplo, fácil es arreglarlo: cada dia reclama casi la misma cantidad: el número de candelas y luces nos es conocido, y la experiencia nos ha indicado lo que es necesario para calentar y alumbrar nuestra casa con una razonable economia. Hemos tenido que darnos cuenta, primero de las cantidades, y ahora no tenemos mas que asegurarnos cada dia, por nosotras mismas, de que se hace un uso prudente del combustible. Nada nos puede dispensar de la vigilancia diaria, y los servicios mas regulares, los mas fáciles de juzgar, de un golpe de vista, se desorganizarian pronto si dejásemos el campo libre al despilfarro. ¿Qué importa á la generalidad de los criados el quemar leña inútilmente durante la noche ó en una pieza que no está habitada todo el dia? ¿Qué interés tienen ellos en apagar una lámpara en tiempo conveniente? Cuando estemos seguros de haber encontrado un sirviente que mira los intereses de su ama como los suyos propios, y que economiza nuestros recursos como lo haríamos nosotras mismas, podremos descansar; hasta entonces nos haremos una ley de la vigilancia y actividad.

Para la conservacion de los muebles y el buen uso que se debe hacer de ellos, observaremos que la primera regla es la limpieza. En segundo lugar, nos guardamos bien de aplicar á un uso el mueble que está destinado á otro. Si á un sillón lo hacemos tarima para poner los pies, deslucimos la madera y ajamos la tela; si nos servimos de una mesa de juego para escribir, manchamos de tinta el tapete verde. Nosotras dejamos á cada objeto su destino primitivo, y no hacemos de una cómoda un armario, etc. Cada cosa en su uso sirve mejor y dura mas.

Yo. ¿No extendéis á las ropas la misma vigilancia que ejercéis en el uso de los muebles?

Luisa. Sin duda, y en esto tomamos sobre nosotras la mayor parte de la tarea. Solo exigimos á los criados que limpien ó cepillen las ropas, y nosotras las examinamos antes de guardarlas y vemos qué reparos ó composuras necesitan. Esta revista es indispensable desde que se hace uso de una prenda cualquiera de vestir, y nunca la omitimos, porque sabemos que los criados encerrarían una prenda desgarrada ó manchada sin mirarla, y que en el momento de necesitarla no se podría hacer uso de ella. Cuidamos también de que se doblen con cuidado y que no se amontonen las unas sobre las otras, á fin de que conserven su frescura. Y aun nosotras solas á menudo las colocamos á nuestro gusto; pero hacemos á la criada testigo del método que seguimos para que alguna vez si el tiempo nos apremia, ó si algún motivo nos detiene en otra ocupación, pueda suplir á su ama.

Yo. He aquí un conjunto de preceptos muy útiles. Me doy por satisfecho respecto á este asunto, y la hora me advierte que es tiempo de terminar esta sesión.

EL ARTE DE VESTIRSE.

En los pueblos de la antigüedad era el traje asunto de las bellas artes, estaban definidos sus principios, apreciada su influencia sobre la moral y había empleados públicos para cuidar de que no fuesen violadas las leyes sobre vestiduras.

Sin duda que si el producir impresiones variadas en nuestro espíritu es objeto de las artes, el traje, ó la decoración del cuerpo humano, no puede ser excluido de ellas.

El traje expresa alternativamente la riqueza, la pretension, la coquetería, la austeridad, la modestia, es decir, tiene su carácter.

Al traje le imprimen su carácter leyes de dos naturalezas distintas: la una física y la otra moral.

A la manera que todos los cuerpos cuya parte superior es más ancha que la base, tienen algo de aéreo, y que por la razón contraria dan idea de pesadez los que tienen la forma piramidal, del mismo modo en el traje se imprime un sello de gravedad, ó de ligereza, poniendo más ó menos adornos y amplitud, ya á los pies, ya á la cabeza.

En este principio se funda que el traje talar y el manto real se han llevado siempre vastos, amplios y arrastrando.

Pero cualquiera que sea la acción de las leyes físicas en la determinación del carácter del traje, prevalecen siempre las asociaciones de ideas; por eso el negro es para nosotros símbolo de tristeza y dolor. Poco importa que estas asociaciones de ideas sean puramente convencionales, ó que resulten de un sentimiento espontáneo y general: basta que estén aceptadas.

Así comprendido el vestir, llega á ser una especie

de ciencia matemática en que cada pormenor tiene su expresión ó su valor fijo; de donde resulta, que la elegancia en el vestir consiste en la relación que es necesario establecer entre dos caracteres: el de la persona y el del traje.

Si careceis de gusto y perspicacia, hareis infaliblemente combinaciones desmañadas y afectadas; necesario es, pues, consultarse bien antes de elegir un color ó una forma.

Conocer bien el rasgo característico de su persona, es poseer el arte de vestirse y los secretos de la elegancia.

De aquí un principio fundamental, y es, que la elegancia no está en la riqueza de las vestiduras, ni en su corte, ni en la rareza de las telas, sino únicamente en el efecto producido por la combinación de estas cosas con el juego de las proporciones humanas.

Pretender cautivar los sufragios del vulgo en materia de elegancia, es buscar las vías del error, porque en el arte de vestir, como en las demás artes, la multitud, generalmente, solo comprende los efectos groseros; pues no es verdad que el sentimiento de las masas sea infalible y bueno en las artes: la cantidad nunca será la calidad.

Para vestirse de telas fastuosas es necesario tener un carácter que lo permita.

Muchas mugeres porque son ricas, se imaginan tener el derecho de llevar diamantes, plumas y encajes; se engañan. Los accidentes de la fortuna no dan este derecho que emana directamente de la naturaleza; esas mugeres cometen usurpaciones contra las cuales protestan su lenguaje y su aspecto.

Una petrimetra vé á una dama de calidad con un vestido de cierta manera, le gustan los pormenores y el conjunto, y encuentra que le sienta admirablemente á la que lo lleva; manda hacer uno igual, y el nuevo vestido, que es idéntico al modelo, la hace horrorosa; ¿será que ella no posee el carácter á que se asimila este vestido? ¿qué sé yo? Tal vez tiene los brazos demasiado largos, ó el cuello muy corto; quizá es viva y petulante, en vez de ser grave y sentimental: algo hay en ella que no se combina armoniosamente con las condiciones de la tela. ¡Se necesita tan poco para ser elegante, y tan poco para no serlo! Esto parecerá sutil á algunas personas, tonto á muchas y racional á las que conocen el poder de las *nadas*.

«Los adornos de pasamanería, dice una revista de modas, están muy de rigor; pero no convienen sino á las personas apacibles y graves. Las mugeres que tienen mucha actividad y se impacientan fácilmente, no deben usar este género de adornos, porque si van de una habitación á otra se prenden en una puerta; si escriben una carta urgente, al ir á tirar del cordón para llamar al criado que debe llevarla, se separan con viveza del es-

critorio, y la llave del pupitre se engancha en los adornos del vestido; si al ver á un hermoso niño quieren tomarlo en brazos para acariciarlo, los cabellos de la pobre criatura se enredan con las bellotas de las mangas, y la victima dá gritos lastimosos; en conclusion: las pasamanerías no convienen á todas las edades, y mucho menos á todos los caracteres.

He conocido una modista muy afamada que habia hecho el mas profundo estudio de su arte, y adivinado, sin darse cuenta siempre de sus descubrimientos, que la elegancia es siempre hermana gemela del carácter. Para saber si un color ó una forma sentaba bien á una dama, nunca hacia ensayar las modas, sino que interrogaba; y segun la naturaleza de las respuestas, ó mejor, de las reseñas, su sagacidad llegaba á consecuencias materiales de una exactitud infalible.

Un dia llevé á su casa un amigo mio que queria comprar una papalina para su madre y un sombrero para su hermana, que estaban ausentes.

—¿Qué edad tiene su señora madre de V? preguntó á mi amigo con un tono de exquisita cortesía.

—Poco mas de cincuenta años, respondió él.

—¿Frecuenta la sociedad?

—No mucho.

—¿Dedica mucho tiempo á las prácticas religiosas?

—Algunas horas cada dia.

—¿Qué forma tiene su cara?

—Oval.

—Dispense V.; ¿y el color de los ojos?

—Azul gris.

—¿La nariz?

—Aguileña.

—Muy bien, dijo. Tiró de un cordon y se presentó

una muger de edad madura. Traiga V., le dijo, una papalina X. R. C. núm. 21.

Inmediatamente fué obedecida.

La papalina nos pareció muy á propósito.

—¡Dios mio! ¡qué aturdida soy! dijo; he olvidado preguntarle á V. si vive aun su señor padre.

—Nó, señora.

—Entonces este color es demasiado oscuro: algo mas claro, dijo dirigiéndose á la misma muger: X. R. D. núm. 17.

—Ahora, si V quiere, continuó, nos ocuparemos de su hermanita. Me ha dicho V. que esa señorita tiene diez y ocho años.

—No cumplidos.

Tiró de otro cordon de campanilla, y esta vez fué una jóven la que se presentó.

—Permitame V. que le haga una pregunta importante, caballero: ¿su hermana de V. es bonita?

—Eso dicen.

—¿Posee la música?

—Sí, señora.

—¿Cuál es el color de sus cabellos?

—Es rubia.

—¿Baila mucho?

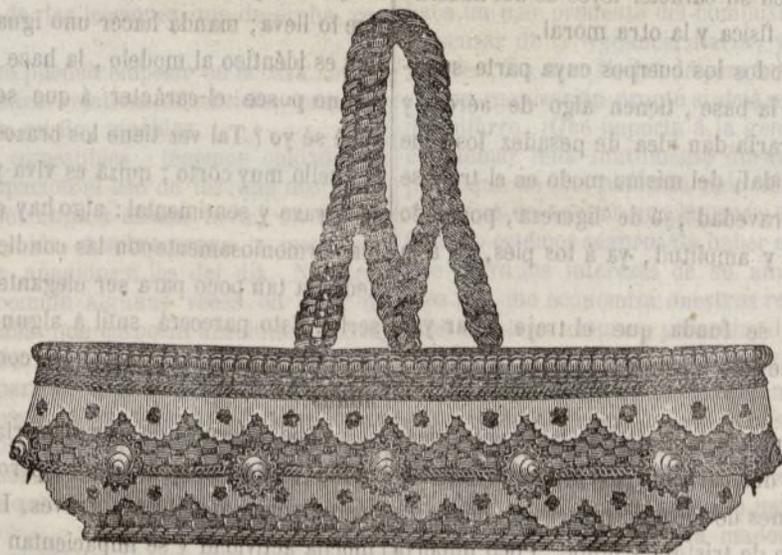
—Le gusta el baile con pasion.

—Basta.

Hizo una seña á la jóven, que se retiró para presentarse de nuevo con un precioso sombrero en la cabeza.

—Mañana por la mañana, dijo, estará todo.

En efecto, cumplió su palabra, y ningun sombrero ni papalina tuvieron nunca mejor aire ni mas elegancia.



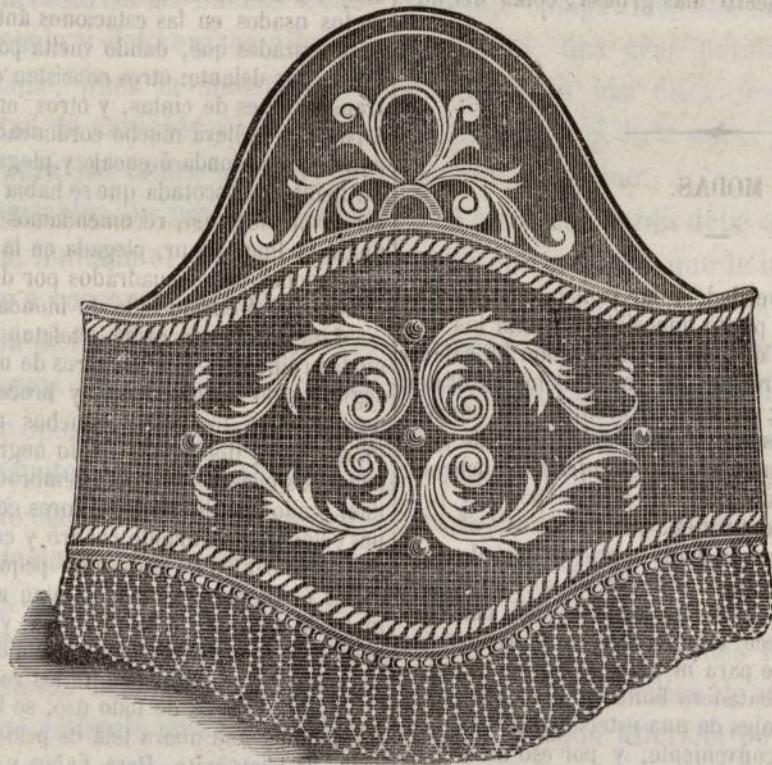
APLICACION DE CONCHAS Á UNA CANASTILLA.

Los caracoles y pequeñas conchas nacaradas, son objetos de diferentes clases, y principalmente cajitas y canastillos, que pueden entrar en el número de los

trabajos de señora para aumentar su variedad, en tanto que por este medio se les añaden accesorios que hacen de ellos un objeto hasta precioso, que la dama emplea para estuches ó custodia de objetos, instrumentos y labores de su ocupacion esclusiva. El guarnecido del modelo que ofrece nuestro dibujo está combinado con labores propias de señora; y aunque la forma que hemos elegido es de las mas elegantes, puede, sin embargo, aplicarse á cualquiera otra que convenga, segun el uso á que se destine el canastillo.

Todo el adorno ó guarnecido consiste en aplicar una tira de cachemir azul celeste cortada en hojas festoneadas, que lleva cada una en su centro un pequeño círculo bordado con seda blanca. Debajo de esta banda penden otras hojas de paño negro cortadas en la misma forma, colocadas de manera que entre cada una quedan dos de

las superiores de cachemir blanco, adornadas con un cacacol en el centro de cada una, circundado ó rodeado con un bordado de perlas de oro. Mas abajo lleva otra banda de paño rojo del mismo corte, y colocada paralelamente á la anterior, que está guarnecida con caprichosos adornos y un círculo pequeño bordado con seda negra en el centro de cada hoja, como en la tira anterior. Estas bandas se sujetan á la misma cesta por medio de la paja de que está hecha. El fondo de la cesta ó canastillo se guarnece con un bordado á bandas oblicuas de lana roja y negra, sujeto de trecho en trecho por un punto trenzado á la misma paja: las bandas oblicuas del bordado van cortadas con regularidad por otras bandas transversales de cachemir azul, fijas al fondo de la cesta en la misma disposicion.



CARTERA Y TARJETERO DE CASA.

Nada sorprende tanto como las caprichosas y variadas formas que diariamente vemos adoptar para objetos en que por mucho tiempo hemos considerado una como la mas propia é invariable; y en este caso se encuentra la del objeto que hoy presentamos á nuestras amables lectoras, como uno de los trabajos mas modernos.

El dibujo que representa la cartera ó tarjetero, porque ambas cosas puede ser, segun que se le dé mas ó menos magnitud para tener provisionalmente dentro de casa cartas ó tarjetas, sirve para una labor, cuya confeccion toda puede lograr una señora por sí misma y sin auxiliares de difícil adquisicion, ó que haya de preparar el hombre. El material que requiere este trabajo es bien limitado. Se toma un pedazo de moaré, gró ó

seda de la clase que se quiera el fondo ó cubierta de la armadura que dá fondo al objeto, que será de carton, á menos que se prefiera forrarlo de cuero labrado.

Siendo seda, se empieza por marcar el dibujo y bordarlo con seda de color amarillo de oro, azul cielo ó rosa; se cuidará de que cada uno de los arabescos que forman el dibujo estén cada uno sobre una pieza distinta, destinadas la una para cubierta de la plancha ó tapa anterior, y la otra para la de atrás en su parte superior. Concluido el bordado, se arreglan al modelo y tamaño que se quiera darle dos tapas de carton; la pequeña y anterior, mas delgada que la mayor y posterior: estos cartones se forran ó cubren con las tapas ó piezas bordadas, haciendo que los dibujos queden en la

parte que les corresponde, esto es, el de la tapa anterior bien en el centro, y el de la posterior en su parte mas alta y central á la vez. La orilla de la tapa anterior se guarnece con un grueso cordon de oro por todos sus lados, á excepcion del superior, que lo será de hilo de la misma clase, pero mas delgado, y con este se guarnecen igualmente todas las orillas de la parte posterior: se adapta además á cada una de estas partes un dobladillo de seda. Hecho esto, se unen las dos placas ó piezas por medio de una tira de seda de igual ancho, cosida á las orillas laterales é inferior, cuyo cosido se cubre con un cordon de oro de igual grueso que el que guarnece la parte superior de la tapa de atrás y orilla superior de la de adelante. En el reverso de la tapa posterior se pega una estrecha cinta de seda para que forme una presilla destinada á colgarlo.

La parte inferior se guarnece con tres franjas de perlas de acero núm. 6, enfilando para cada franja de treinta á treinta y seis perlas, y cada una de ellas se sujeta á una perla de acero mas gruesa, como del número 10.

C.

MODAS.

No acertamos, en verdad, á dar principio á una *Revista* en que es de todo punto imposible reasumir los numerosos detalles que la novedad de la estacion ha sabido acumular para mejor rodear de encantos los naturales atractivos de la belleza; pero procuraremos, sin embargo, notar lo mas interesante y que pueda servir de guia en la combinacion de una elegante *toilette*. El delicado gusto de la dama de gran tono, interesado por los brillantes cuadros de una naturaleza que luce sus galas en los ricos matices de lozanas flores sobre los variados tonos del verde repaje en que los rayos del sol reverberan é inundan de alegría la atmósfera embalsamada por delicados aromas, nos ofrece tan numerosas y seductoras creaciones como las que para magníficos saraos ha sabido arrancar á una arrebatadora fantasia. Jamás la dama elegante pasa en sus trajes de una estacion á otra sin una transicion aceptable y conveniente; y por eso no se han cambiado hoy los vestidos y abrigos de terciopelo y lana por el vestido de muselina y la manteleta de encaje; acepta, aunque por poco tiempo, formas y telas intermedias, y de aquí los vestidos y manteletas de tafetan, glasé, etc., y los sombreros de tul y adornos de terciopelo. En las formas de las diferentes prendas de vestir se adoptan por igual razon las anchas, como anuncio ya de la ligereza y desahogo que reclama el mayor calor de la estacion á que vamos.

En las *toilettes* mas sencillas se hace uso de sombreros de tafetan de dos tonos diferentes, cuya combinacion queda al gusto de quien lo hace y en armonía con el color de los adornos del traje, prefiriendo siempre el verde, azul, pensamiento y malva; pero los que de un día á otro se generalizan mas, son los de tul y crespon y algunos de paja. Los de crespon blanco con blonda blanca, son los mas aceptados, llevando una fruncida sobre la parte anterior del ala y dos con cogidos á cada lado, apareciendo recogida por un lazo de encaje negro y tafetan; el bavolet de crespon con pliegues está guarnecido de un pequeño encaje negro y cubierto con una ancha blonda dispuesta en forma de greca. Una guirnalda de plumas

negras viene á terminar en cada lado del bavolet con dos botones de rosas blancas, dando vuelta por debajo del sombrero, formando un bandó con rosas blancas y ligeras hojas de acero.

Otros de tul, tambien con el ala muy alta, se guarnecen de tafetan blanco á los lados, cubriendo casi enteramente el casco: llevan un encaje negro soquillado al lado derecho, que pasa en llano hasta el lado izquierdo, donde lleva un racimo de frutos de serval. El bandó es de terciopelo rojo, encaje blanco y negro y los mismos frutos. Otros se adornan con blonda blanca colocada sobre la parte anterior en ángulo abierto, que cae á escuadra por cada lado. Sobre el casco lleva adornos de frutos y follaje, y sobre la frente corresponde como un bandó con un doble órden de rosas de avellano rodeadas de blonda.

Las formas dominantes en los paletós, levitas y padesús son elegantes, semi-ajustadas y con graciosas mangas. El gusto dominante en las telas para su confeccion es el glasé negro, sin que se advierta hasta ahora excepcion alguna. Los adornos difieren extraordinariamente de los usados en las estaciones anteriores, porque llevan hasta rizados que, dando vuelta por la espalda, forman tablas por delante: otros consisten en ricas blondas sobre transparentes de cintas, y otros en terciopelo. El paletó á paletina se lleva mucho cordoneado de blanco ó lila con entredos de blonda ó encaje y plegados de la misma tela. La manteleta escotada que se habia abandonado, vuelve á ser favorecida: así, recomendamos para toilette de vestir una á la Pompadour, plegada en la espalda con capuchon muy ancho, paños cuadrados por delante y gran volante guarnecido ó enriquecido de blonda.

Los vestidos de glasé y tafetan son de rigor en las modas reinantes. Los primeros de un solo color, lisos: los segundos de varios colores y brocados. Los hay de gran novedad con fondos de muchos matices sembrados de margaritas; dobles de fondo negro con rayas blancas y pequeños cuadros magenta sembrados de pequeñas estrellas; fondos de diferentes colores con grupos de medallones color gris formando cuadro y con una flor de lis negra en el centro de cada uno; pequeñas perlas del Japon sobre fondo gris ó blanco; tafetan azul rayado de blanco, moteado de negro, hojas de rosa; y por último, á cuadros blancos y negros con una especie de dibujo chino, blanco y magenta. Mas adelante los reemplazarán las gasas.

Como vestidos de todo uso, se hacen de tisú de mozambique y una nueva tela de pelo de cabra y mezcla de seda, de buen éxito. Para baños y campo se recomienda la *georgiana*, tisú de algodón, liso ó bordado á plumetis: sirve para agradables toilettes. Las formas y adornos mas en boga los hemos descrito en nuestro número anterior, así como los adornos y guarnecidos mas admitidos; solo añadiremos que la falda continúa llevándose de un ancho y largo excesivos, sobre todo por detrás: cuerpo alto y atacado por delante con botones color malva, que hacen juego con el ribeteado de tafetan y cordoneado del mismo color.

Guantes de piel, ajustados y cortados con perfeccion, son indispensables en toda toilette, atacados con dos botones y de bien ejecutado cosido. El color y la finura de la piel han de corresponder y armonizar con los vestidos.

EMILIA R. Y R.

MADRID 1.º DE JUNIO DE 1861.